

La comunicación

1. SIGNIFICADO Y ETIMOLOGÍA DE «COMUNICACIÓN»

La comunicación es un tema actualmente muy estudiado desde los ángulos más diversos. Aquí me ceñiré a considerarla en orden a la convivencia.

Acabo de enunciar el tema del presente estudio. ¿Qué ha pasado entre el lector y yo? Pues que, si ha entendido, se ha establecido entre los dos una coincidencia de significado, al menos en parte. Lo que hay de común entre ambos, entre su significado y el mío, es la comunicación.

Comprender el significado de las palabras es percibir la realidad de una manera determinada, deslindarla de una forma y no de otra. Malcomprender las palabras es poseer una realidad malcomprendida. Una realidad, aún no nombrada, es una realidad desconocida, y por consiguiente, inexistente en nuestro mundo vital. Al nombrarla, comienza a existir para nosotros, comienza a existir de verdad. «Mientras tengamos las cosas, no discutamos de nombres» (*dum substantiam habeamus, de nominibus non quaeramus*), dice un adagio escolástico. ¡Grave error! Porque no poseemos la cosa mientras no tenemos su nombre. La realidad humana está llena de lacras en las que no paramos mientes porque no están nombradas. Abolida la esclavitud en los Estados Unidos de América, el verbo inglés *to discriminate*, que, como el latín *discriminare*, significaba «separar, distinguir, diferenciar», adquirió, con su derivado *discrimination*, connotaciones negativas en el inglés americano. Comenzó a significar la injusticia con que se trataba a los antiguos esclavos, las trabas que se ponían a su recién estrenada libertad. El sustantivo y el verbo entraron en otros idiomas, entre ellos el nuestro, con el nuevo significado, y con ellos vergonzosas realidades, antes ocultas, comenzaron a ser desveladas. Delimitado léxicamente, pudo ser denunciado el trato de inferioridad que se daba a determinadas personas o a comunidades enteras por razones religiosas, raciales, sexuales, políticas o sociales, que resultaron ser, en realidad, pre-

juicios. Fue la palabra la que hizo ver la injusticia de no pocas actitudes, que, por desgracia, aún no han desaparecido del todo ¹.

«¡Inteligencia, dame / el nombre exacto de las cosas! / Que mi palabra sea / la cosa misma, / creada por mi alma nuevamente. / Que por mí vayan todos / los que no las conocen, a las cosas; / que por mí vayan todos / los que ya las olvidan, a las cosas; / que por mí vayan todos / los mismos que las aman, a las cosas... / ¡Inteligencia, dame / el nombre exacto, y tuyo, / y suyo, y mío, de las cosas!» ². «Yo daría los nombres justos / a los dueños que deshojases. / Encontraría para ellos / la voz que los encadenase, / la forma exacta, la palabra / que los llenase de claridades» ³.

Hablo de comunicación. Analicemos la realidad que así designamos y su función en orden a la convivencia. Partamos de nuestra experiencia comunicativa, tanto de emisores como de receptores de mensajes. Filosofar, decía Husserl, es describir cómo vemos una taza de café. Filosofemos, digamos cómo vemos el acto de comunicación.

Comunicación y comunicar son palabras que tienen diversas acepciones. Las que aquí nos interesan son las referentes a personas. Alguien hace partícipe a otro o a otros de lo que tiene, conversa con él, le hace saber algo, le consulta su parecer..., se comunica con él. Antiguamente, comunicar significaba también comulgar. Ambos verbos tienen, efectivamente, una misma etimología, *communicare*, por derivación culta el primero y popular el segundo. *Communicare* se deriva de *communis*, 'algo que es compartido entre varios', 'compartir una carga, una obligación'... En el latín cristiano, 'compartir los bienes por la limosna', 'tomar parte en el ministerio, participar en la Eucaristía, en el culto'... El verbo latino tuvo, en su origen, el significado de 'repartir la comida de la tarde', tomada en común ⁴.

2. COMUNICACIÓN E INCOMUNICACIÓN EN EL MUNDO ACTUAL

a) comunicación

La comunicación ha dado en nuestros días un estirón inimaginable hace tan sólo unas décadas. De la comunicación boca a boca, por correo o teléfono, se ha pasado, en muy pocos años, a las autopistas de la información. Hoy puede uno

1. Cf. Gregorio SALVADOR, *La «discriminación positiva»*, en *ABC* 29-11-97, 3.

2. Juan Ramón JIMÉNEZ, *Eternidades*, 3, en *Antología poética*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1958, 2^a, 253-254.

3. José HIERRO, *Si soñaras siempre, si amaras*, de *Alegría*, en *Poemas completas (1944-1962)*. Ediciones Giner, Madrid 1962, 160.

4. Cf. A. ERNOUT / A. MEILLET, *Dictionnaire Étymologique de la langue latine*, Éditions Klincksieck, Paris 1979, s. v. *munis*; Albert BLAISE, *Dictionnaire latin-français des auteurs chrétiens*, Éditions Brepols, Turnhout (Belgique), s. a., s. v. *communicatio*.

hacerse usuario de Internet, y convertirse en cibernauta, aunque viva en regiones hasta hace poco símbolo del aislamiento y del atraso. Bajo su impulso, los cambios sociales se aceleran, se modifican las categorías mentales con que hasta ahora veíamos la realidad, aparecen nuevos comportamientos. Está emergiendo una nueva sociedad, la sociedad de la comunicación e información. Hemos entrado en la aldea global de McLuhan, asomados todos al mismo patio de vecindad. La casa, hasta hace poco refugio de lo privado, se ha convertido en plaza de comunicación. Redes de información entran, y salen de ella. Desde ella, se puede asistir a telesimposios y teleconferencias, ganarse el pan con teletrabajos, conectar con programas de investigación, consultar bancos de datos, comunicarse con desconocidos de todo el mundo. Ha aparecido una nueva ciudad extendida por toda la tierra, de la que todos pueden hacerse teleciudadanos. Pero ¿hemos crecido a la par humanamente? ¿Somos más humanos, más personas, más conscientes y solidarios? ¿O seguimos siéndonos mutuamente lobos, y descuartizándonos unos a otros? «Cuidado, que si os seguís mordiendo y devorando unos a otros, os vais a destrozarse mutuamente! (Gál 5, 15).

Hay un peligro evidente: en teleciudad nos dan la información seleccionada. En adelante, pensaremos colectivamente, es decir, no pensaremos; seremos la voz de nuestro amo, el Gran Hermano, que actúa en la sombra. 1984 de Orwell, *Un mundo feliz* de Huxley, *La red* de Irwin Winkler... nos han alertado del peligro. Está a las puertas una sociedad laminada, sin espesor humano. Los valores de la vida interior y del espacio privado se están convirtiendo en antiguallas para el baúl de los recuerdos. El sujeto individual se esfuma, y emerge el sujeto colectivo. Es el hombre de la sociedad de la comunicación, *homo communicans*. Sin interior, sin contenido, pura imagen y apariencia. Nada de secretos. No hay más que lo que se ve. Tal es la sociedad utópica del matemático usamericano Norbert Wiener. Lo grave de esta utopía es que cuenta con medios para hacerse realidad ⁵.

Seremos una manada. Lo seremos si nos dejamos robotizar. Frente a un mundo telematizado, hay que afirmar y potenciar nuestra condición de sujetos; formarnos como personas, capaces de discernir, de elegir, de ser nosotros mismos, dueños de nuestro destino. ¡Qué gran tarea la de la educación!. Todos los aparatos habidos y por haber, por muy sofisticados que sean, deben ser trebejos, utensilios al servicio de la persona, recursos para algo. Es la finalidad que les demos lo verdaderamente importante, lo que les da su ser. Si ella no es humanamente valiosa, todo lo demás, por muy sofisticado y costoso que sea, es quincalla, pura quincalla. La técnica vale lo que vale su uso, lo que valen los proyectos en que se usa.

5. Cf. Etienne GANTY, *Communication et silence*, en *Lumen Vitae* 50 (1995) 373-383.

b) *Incomunicación*

Es evidente que en nuestro mundo sobreabunda la información, nos desborda. Hay exceso de comunicación. Pero, a la vez, es también evidente el estiaje de comunicación personal. El teléfono de la esperanza y otros similares lo prueban. Hay una necesidad patológica de comunicarse, signo de que la comunicación es más escasa de lo que se supone allí donde normalmente debe producirse: en el hogar, en la escuela, en el grupo de trabajo, en las comunidades..., dentro de una misma generación y entre distintas generaciones. Las masas se hacen visibles; se nos impone su presencia en las calles, en los estadios, en los cines, en los vomitorios del metro... Pero cada uno avanza, sonámbulo en su mundo, ajeno a lo que pasa en su derredor. Está solo en medio de la multitud, tema muy tratado, como se sabe, en la modernidad; solo, a veces, entre los suyos, lo que es absolutamente destructor. «Peor que la soledad del ermitaño es la soledad de dos en compañía», escribió Ramón de Campoamor. Se multiplican los mundos de soledad, desamor, violencia, insolidaridad, incomunicación. El diálogo personal se ha reducido y empobrecido. El que tiene problemas se encuentra solo.

3. RAZÓN DE LA COMUNICACIÓN

¿Por qué y para qué se comunica el hombre?

a) *Razón metafísica*

a) *Teoría del decir*

La comunicación no es algo marginal en la vida humana. Uno puede elegir no comunicarse de por vida, como puede elegir el suicidio. Quiero decir que renunciar a comunicarse es renunciar a ser persona, a desarrollarse personalmente. La vida animal es comunicación, y lo es, de manera muy especial, la vida humana ⁶. Todo en el universo es relación, todo es signo de algo. Todo se relaciona con nosotros, y nosotros estamos referidos a todo. Frente al antiguo mundo de cosas que están ahí, dadas de antemano, hay que afirmar este mundo dinámico de referencias mutuas, en el que todo nos importa, y nos afecta. El hombre me aparece, ante todo, como *el otro*, como el que me reciproca tanto como yo a él. El hombre es, en primer lugar, el reciprocante ⁷, el comunicante.

6. Cf. ORTEGA Y GASSET, *Sobre la expresión, fenómeno cósmico*, en *El Espectador*, Espasa-Calpe, Madrid 1966, VII y VIII, 28-48; id., *El hombre y la gente*, Espasa-Calpe, Madrid 1972, 79-82 y 97-101.

7. Cf. Id., *El hombre y la gente*, edic. cit., *passim*, en especial 48-51, 56-64, 75-82 y 89-93; José VEGA, *La convivencia*, en *Estudio Agustiniiano* 30 (1995) 491-515.

El hombre es, ante todo, el dicente, no el silente, aunque su verdad última sea su silencio y soledad. El silencio lo necesita, en un segundo momento, para orientarse en la selva del vivir, para que en él se haga la verdad. Una lectura semiótica del relato de la resurrección del hijo de la viuda de Naín (Lc 7, 11-17) nos enseña que Cristo, la Vida, se encuentra con un cortejo fúnebre que lleva a enterrar a un muerto. El joven muerto es el silente. No es que no hable; es que no tiene nada que decir, está muerto. La palabra de la Vida le devuelve la vida. El muerto se incorpora, y comienza a hablar. Vivir es moverse, hablar. La Vida se apodera también de todos los presentes, y hace brotar en ellos el manantial de la palabra; sobrecogidos, alaban a Dios. Y la palabra se va extendiendo en círculos concéntricos «por todo el país judío y por el territorio circundante» Vivir, vivir humanamente en cualquiera de sus dimensiones, también en la religiosa, es hablar.

La vida humana tiene una estructura dicente. «El decir, esto es, el anhelo de expresar, manifestar, declarar es, pues, una función o actividad anterior al hablar y a la existencia de una lengua tal y como esta ya existe ahí»⁸. «Pensamos articulada, o sea, reflexivamente, gracias al lenguaje articulado, y este lenguaje brotó de la necesidad de transmitir nuestro pensamiento a nuestros prójimos»⁹. No le basta al hombre decirse a sí mismo; necesita decir a otros, comunicarse con sus reciprocantes. Porque tiene cosas que decir, porque tiene un exuberante mundo interior que le empuja a expresarse, una imaginación que no cesa.

Esto es lo que le llevó a ir más allá del animal; a no contentarse con gritar, aullar, cantar..., expresando siempre las mismas situaciones mediante reflejos automáticos. Por eso inventó, y diversificó las lenguas, y sigue inventándolas, y diversificándolas. Como renuevan los bosques sus hojas, así caen unas palabras y nacen otras, según la bella metáfora horaciana. *Multa renascentur quae iam cecidere, cadentque quae nunc sunt in honore uocabula*¹⁰, «renacerán muchas palabras que ya murieron, morirán muchas que ahora están en boga». Pero no sólo cambia el léxico; cambian también las formas de las palabras, su construcción y su pronunciación. Y cambia también, aunque parezca inamovible, la ortografía.

Todas las ortografías han cambiado alguna vez en la historia. La española, con gran acierto, lo ha hecho varias veces para adaptarse a la pronunciación que había evolucionado. Por eso es tan sencilla. Aun así, cambiará no tardando, por mucho que se resistan las Academias de la Lengua. Cuando una cosa

8. ORTEGA Y GASSET, *ib.*, 198.

9. Miguel de UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, Espasa-Calpe, Madrid 1993, 68.

10. HORACIO, *Arte poética*, vv.70-71.

se puede simplificar razonablemente, debe hacerse. Lo exige la economía del lenguaje. Pero es que, además, lo exigirá el desarrollo de la informática. «Por incómodos que sean los reajustes, la ortografía no podrá menos de simplificarse, más pronto o más tarde. Los progresos técnicos hacen pensar que está cerca el momento en que la palabra humana pase automáticamente de la voz a la escritura [...]. La ortografía tendrá que abandonar irremisiblemente todos sus arcaísmos y ajustarse a la fonología. La severidad con que hoy se reprueban los yerros ortográficos será sustituida entonces por exigencias de buena dicción. Y no para mantener en algún sector del lenguaje normas aristocráticas, sino porque a las máquinas no les será posible poner en juego el esfuerzo de comprensión con que toda inteligencia humana colabora al recibir el mensaje hablado que otra le dirige. Las máquinas no tendrán manga ancha en punto a dicción: reclamarán articulaciones netas e inconfundibles»¹¹.

Las lenguas están en permanente movimiento, precipitado unas veces, lento e insensible otras, porque el hombre no se está quieto, se está haciendo siempre, siempre *in fieri*, y tiene muchas cosas que decir. *El español de hoy, lengua en ebullición* es el título de un hermoso libro¹². Toda lengua viva está en ebullición permanente. Inventar una lengua, pretender imponerla universalmente, y que se mantenga inmutable, es una tarea condenada al fracaso. Es agarrar al hombre por las solapas, y decirle: no te moverás; pero el hombre se moverá.

Respondiendo a esta dimensión constitutiva de decir que tiene el hombre, Ortega postuló una *Teoría del decir*, previa y fundamentadora de las distintas ramas de la lingüística¹³.

b') *El hombre es constitutivamente relación*

Considerar al individuo aislado de los demás, como encerrado en una campana de cristal, y hacerlo entrar a continuación, hecho y derecho, en relación con los otros es un error en el que estamos de ordinario. Es realismo ingenuo. Ese individuo no existe, es una abstracción. Lo que existe son los individuos mancomunados por el hecho mismo de ser hombres, religados entre sí en inextricable trabazón. Yo no existo sino en relación con los otros y gracias a ellos. Es muy conocida, quizá no tan meditada, la frase en la que

11. Rafael LAPESA, *América y la unidad de la lengua española*, en *El español moderno y contemporáneo*, Crítica (Grijalvo Mondadori), Barcelona 1996, 250-251.

12. Cf. Emilio LORENZO, *El español de hoy, lengua en ebullición*, Editorial Gredos, Madrid 1966.

13. Cf. *ib.*, 198-214; Id., *La caza*, en *La caza y los toros*, Espasa-Calpe, Madrid 1962, 65-66; Julián MARIAS, *Antropología metafísica*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1973, 241-249; Id., *Introducción a la filosofía*, Biblioteca de la Revista de Occidente, Madrid 1971, 223-227.

Ortega condensó su pensamiento: «yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo»¹⁴, en la que los dos términos son constitutivos de la realidad que es mi vida, se necesitan mutuamente. Son, como repite Ortega, dos hermanos siameses.

«Vivir es reconocerse «uno entre otros»; es descentralizarse, y entrar en alianza con otros, remontando juntos la tentación del aislamiento o la de la dominación»¹⁵. Todo en nosotros, la inteligencia, la afectividad, la palabra ..., en su origen fue puesto en marcha por otro, por la comunicación que otro nos hizo. Todo en nosotros se desarrolla gracias a la comunicación con otros. Como el arpa de Bécquer, necesitamos una «mano de nieve» que sepa arrancar las notas en nosotros dormidas¹⁶. «Otro rostro se ha inclinado sobre nosotros, nos ha llamado por nuestro nombre, nos ha hecho descubrir la alegría de comunicarnos con alguien y nos ha afligido con su ausencia»¹⁷. ¡Qué hermoso aquel verso en que Virgilio exhorta al niño recién nacido a reconocer a su madre en la sonrisa!: *Incipe, parue puer, risu cognoscere matrem*¹⁸. Porque la madre le sonríe, el niño aprende a sonreír. Humanamente, comenzamos siendo respuesta a una llamada, y por responder a múltiples llamadas vamos creciendo humanamente. Lo mismo podemos decir de nuestra fe. No la hemos inventado nosotros; la hemos recibido. «La fe sigue al mensaje» (Rom 10, 17). La hemos recibido de los otros, y con los otros crecemos en ella.

14. *Meditaciones del Quijote*. comentario por Julián Marías, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico / Revista de Occidente, Madrid 1957, 43-44 y 266-268.

15. André FOSSION, *L'initiation au symbolisme en catéchèse*, en *Lumen Vitae* 49 (1994) 386.

16. *Rimas y declaraciones poéticas, VII*, edición de Francisco López Estrada y M^a Teresa López García-Berdoy, Espasa-Calpe, Madrid 1989, 100.

17. Eduard KOVAC, *Rencontre avec l'autre. Les croyants des autres religions*, en *Spiritus* 138 (1995) 60.

18. *Églogas*, IV, v. 60. Discuten los especialistas si quiere Virgilio que el niño vaya reconociendo a la madre en su sonrisa o que la vaya reconociendo sonriéndole, es decir, sobre quién es el que sonríe. El contexto no nos ayuda a salir de la duda. Cf. Francisca MOYA, *La sonrisa del puer en Virgilio (E 4, 62). Apostillas a la interpretación de J.L. de la Cerda*, en *Helmantica* 44 (1993) 235-248. Fuera o no consciente de ello Virgilio, la ambigüedad es un prodigioso acierto. Los dos sentidos se cumplen. Es evidente que la iniciativa parte de la madre. La sonrisa del niño, la humana, la que es más que un reflejo biológico, es respuesta a la sonrisa materna. Porque ella le sonríe, empieza él a sonreír. Algunos autores afirman el carácter innato de la sonrisa infantil, pues se da también en niños ciegos o sordos, que no han podido aprenderla. Aunque así fuera, lo cual no está probado, es evidente la interacción entre la mirada de la madre y la del niño en los primeros meses. El niño, fascinado por la mirada de la madre, fija sus ojos en el rostro de ella, no en el pecho o el biberón. «La primera distancia a la cual puede focalizarse la mirada del niño no es de 2 centímetros, donde se encuentra el seno que lo amamanta, sino de 20 centímetros, donde se encuentra el rostro de su madre» (Tzvetan TODOROV, *La vida en común*, Taurus, Madrid 1995, 95). «La primera sonrisa del niño es una reacción primaria y específicamente social», escribe Charlotte Bühler (cit. por Francisco AYALA, *Tratado de sociología*, Espasa-Calpe, Madrid 1984, 376). Cf. Manuel CABADA, *La vigencia del amor. Afectividad, hominización y religiosidad*, San Pablo, Madrid 1994, 88-91.

Necesitamos a los otros para ser nosotros; nos necesitamos mutuamente. Necesitamos que ellos se comuniquen con nosotros y nosotros con ellos. Esos otros son también, y en no escasa medida, los muertos. Con ellos, a través de sus libros, se comunicaba Quevedo cuando escribió: «retirado en la paz de estos desiertos, / con pocos, pero doctos, libros juntos, / vivo en conversación con los difuntos, / y escucho con mis ojos a los muertos»¹⁹. En conversación con sus muertos, en especial con aquel al que se refieren como a padre, tienen que vivir las comunidades religiosas que quieran crecer como tales, aunque sin recluirse en el cementerio del pasado²⁰. «No dejéis que los muertos gobiernen vuestras vidas», aconsejó Kant. Hay que visitar el cementerio, pero, a continuación, dejar en él tranquilos a los muertos, y volver a la vida. Hay que leer a los muertos, bajar a sus sótanos, descubrir la situación en la que estuvieron inmersos, desde la que pensaron y actuaron. Entonces comprendemos que fueron hijos de su tiempo, y que solo en él tienen sentido; que no podemos aporrear a los hombres de hoy con respuestas de ayer. La vida se hace hacia adelante. Pararse es morir.

c') *Inmoralidad del aislamiento*

Retirarse, por consiguiente, a la soledad de por vida; vivir en la rocambe de alguna serranía, lejos de los hombres, incomunicado con ellos, podrá ser considerado edificante por algunos, pero humanamente es suicida. Y si lo es humanamente, también cristianamente lo es. Donde no hay hombre, no puede haber cristiano, por muchas maravillas que los hagiógrafos nos cuenten de los anacoretas. «Libres de todo negocio» (de toda actividad civil y todo ministerio eclesiástico) y «de todo afecto carnal y popular» (de todo afecto humano y de todo aplauso y estima de los hombres, es decir, inmunes a la lujuria y a la soberbia) «sirven a Dios», y Dios se les revela directamente, sin necesidad de intermediarios, afirma piadosamente san Agustín; sin necesidad de las Sagradas Escrituras ni de hombres. «*Se puso a contemplar los montes de sus pastos: la grandeza de las revelaciones. Y va tras toda hierba verde: en pos de todo lo eterno*»²¹; tiene ansia de Dios. De luengas tierras, luengas mentiras.

19. *Obras completas*, estudio preliminar, edición y notas de Felicidad Buendía, Aguilar, Madrid 1960, 4ª, II, 49.

20. Cf. J. H. PLUMB, *La muerte del pasado*, Barral Editores, Barcelona 1974.

21. SAN AGUSTÍN, *Anotaciones al libro de Job*, 39, 5-8. Las palabras en cursiva son del libro de Job. En ellas se describe el onagro o asno salvaje. San Agustín se las aplica alegóricamente a los anacoretas, que a sí mismos se consideraban onagros, y así los llamaba la literatura monástica. Cf. Pío DE LUIS, *Un texto de san Agustín sobre la vida eremítica. Ad notaciones in Job 39, 5-8*, en *Augustinus* 38 (1993) 165-187.

El aislamiento de por vida es suicida. Como es suicida toda actitud que se le aproxime, y lo tenga por modelo. El anacoreta, aparte de su insolidaridad, se condena a vivir de lo poco o mucho que lleva al desierto, a vivir desde ese momento hacia atrás como el cangrejo, a ser humanamente menos cada vez. «Recluirse en la propia realidad es menoscabarla y comprometerla: la vida humana es «transitiva», menesterosa o indigente, se hace con las cosas y sobre todo las otras personas; el enquistamiento es la condena a una *vita minima*, una de las formas más graves de inmoralidad, previa a los diversos contenidos de la conducta»²².

d') *La persona no es, se hace*

La persona es relación, no porque ella lo elija sino porque este es su ser. Es decir, su ser es no tenerlo, pero necesitarlo, necesitar hacérselo. Es de tan gran calado este asunto, que conviene insistir en él, aun a riesgo de repetirse. El niño recién nacido no es aún sujeto. La subjetividad va apareciendo en él al ser amado por sus padres, en la relación con los que le acogen y le aman. ¿Qué pasa cuando es ya sujeto? Dos sujetos que se relacionan existen con anterioridad a su relación; por eso pueden relacionarse. Evidente. ¿Evidente? Según y cómo. ¿Son exactamente iguales antes de la relación y después de ella? Evidentemente no. La relación ha hecho aparecer algo nuevo en ellos, para bien o para mal; una modificación, por mínima que sea. A veces, esa modificación es manifiesta, y la vida entera queda transformada. San Agustín, al volver a África después de su conversión en Milán, escribió de sí mismo: «fui uno, y volví otro»²³. Fueron sus relaciones personales con otros, directas o a través de libros, las que le cambiaron. Zubiri encontró la fórmula para expresar estas innovaciones que se producen en nosotros a los largo de la vida: tras ellas somos los mismos, pero no lo mismo²⁴. Somos adultos como resultado de múltiples relaciones. El hombre no nace hecho y derecho. Se va haciendo, creándose, pues de creación se trata, en contacto con lo otro que él, en especial con los otros. Esta es su esencia o sustancia: relación. Y así es incluso antes de nacer. Comienza a existir por una relación ajena a él, por la relación de un varón y una mujer, por el encuentro de dos gametos. A partir de ahí, todo son ya relaciones

22. Julián MARIAS, *Tratado de lo mejor. La moral y las formas de vida*, Alianza editorial, Madrid 1995, 109

23. *En. in ps.* 36, 3, 19.

24. Cf. *Sobre el hombre*, Alianza Editorial / Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid 1986, Índice analítico, s.v. *mismo, mismidad*, 692. Paul RICOEUR habla de *mismidad* e *ipseidad*. La mismidad es la persistencia inmodificada de un sujeto a través del tiempo. La mismidad es el soporte de la ipseidad, es decir, de aquello que en el sujeto cambia y le hace otro a lo largo del tiempo (cf. *Soi-même comme un autre*, Paris, Éd. du Seuil 1990, 102).

en el seno materno hasta que nace. El embrión es un ser en proceso de humanización y personalización, el rostro informe de alguien que viene configurándose. De ahí la responsabilidad de todos los que intervienen en ese proceso. Ser persona es ser alguien que, en todo momento, está viniendo, y para venir necesita relacionarse. Ser viniente: este es su ser, esta es su realidad.

La vida biológica, para crecer y mantenerse, exige ser alimentada. El desarrollo biográfico exige también su propio alimento. La vida humana necesita sustancia humana adecuada para crecer en cualquiera de sus dimensiones: intelectual, afectiva, social, artística, religiosa... El poeta se nutre de poesía, sustancia elaborada por poetas; el pintor de pintura, y el físico y el biólogo y el matemático y el filósofo... de las respectivas sustancias. La sustancia poética, por ejemplo, recibida por un poeta, le modifica y transforma; pero este, a su vez, transforma también aquella, y de ambas modificaciones surge una nueva sustancia, quizá de ejemplar calidad, una nueva poesía. ¡Fatuo quien se aventura a escribir novelas sin haberse alimentado prolongada y abundantemente de los que antes de él se dedicaron a esa rara ocupación de inventarse vidas ajenas! La vida humana para desarrollarse necesita ser una carrera de antorchas. Hay que recibirlas de los que nos preceden, y llevarlas, llameantes, hacia nuevos hitos.

Cristianamente, solo se crece y madura nutriéndose de sustancia cristiana: de la de otros cristianos, vivos o muertos; de la sustancia, cada vez mejor asimilada, de las Sagradas Escrituras y, sobre todo, de la de Jesucristo. Tal sustancia, recibida en nosotros, nos modifica y transforma; pero a su vez nosotros la modificamos y transformamos, y se va formando un nuevo cristiano, mejor o peor, pero siempre distinto, él y no otro. El simbolismo eucarístico –«si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida definitiva y yo lo resucitaré el último día» (Jn 6, 53-54)– tiene una hondura antropológica difícilmente ponderable.

Hablo de la persona, de la vida humana en su sentido más estricto, del hombre en sentido riguroso. Del hombre sujeto de sus acciones, consciente, libre y responsable. Del hombre en proceso de personalización, que se hace a sí mismo en reciprocidad, dando y recibiendo. Hablo del quién que es cada uno, realidad *futuriza*, como dice Julián Marías; realidad nunca dada, o mejor, dada y no dada, real e irreal. «En el hombre, ser es prepararse a ser –eso es la condición futuriza, de versión al futuro o porvenir–. No hay en él identidad sino *mismidad*. Su temporalidad no es mera sucesión, sino anticipación de sí mismo. Paradójicamente, el hombre puede poseerse a lo largo de su vida y ser él mismo porque no se posee íntegramente en ningún momento de ella»²⁵.

25. Julián MARÍAS, *Razón de la filosofía*, Alianza Editorial, Madrid 1993, 149. Cf. Id., *Persona*, Alianza Editorial, Madrid 1996.

¿Quién soy yo? Esta es la pregunta decisiva. Para contestarla hay que abandonar las categorías con que pensamos las cosas y los animales, en las que tradicionalmente se ha movido la filosofía. Necesitamos nuevas categorías, un lenguaje nuevo. Nuestro siglo lo ha inventado, aunque por desgracia una y otra vez se olvidan sus adquisiciones, y se recae en fórmulas arcaicas.

La persona es una forma de realidad distinta de toda otra, irreductible a cualquier otra, inintercambiable incluso con las otras personas, incluso con sus padres. Y si esto es así, que lo es, ¿cómo quieren que me reduzca a mis antepasados de comunidad por muy sabios y santos que hayan sido; que me vacíe en sus moldes; que me niegue como persona? Más allá de todas las características específicas, comunes a todos (animal racional, que decía la Escolástica; «animal que tiene vida humana», que dice Julián Marías); más allá de los rasgos individuales (color, peso, figura...), yo soy yo (y tú eres tú y él es él): singular, singularísimo, único, insustituible, irremplazable, irreductible. Realidad que sólo se hace en relación con los otros. Realidad, a la vez, intersubjetiva y autónoma, dependiente y libre. Realidad que únicamente a través de la intersubjetividad y dependencia se hace libre y autónoma. Cada uno es cada uno, se dice en lenguaje vulgar. ¡Gran verdad filosófica! Biográficamente, cada uno es ejemplar único de su especie, como de los ángeles decía la teología, aunque biológicamente pertenezcamos a la misma.

Percibir esto exige un cambio radical en nuestras relaciones y en nuestras instituciones y leyes, muy especialmente en las Órdenes religiosas. Los creyentes tenemos aquí un ancho campo para vivir nuestra fe en forma radicalmente nueva y, en consecuencia, para entenderla y expresarla en fórmulas de nuevo cuño.

b) *Razón psicológica*

La necesidad psicológica de comunicación salta a la vista en nuestro mundo. Los programas de radio y televisión que ofrecen a sus oyentes y telespectadores la oportunidad de comunicarse ven bloqueadas sus centralitas. No importa el tema; lo importante es hablar, que alguien escuche al otro lado. Los teléfonos de la esperanza y otros similares no dan abasto. Responden a una necesidad social. Oír una voz al otro lado del teléfono tranquiliza. Es como un analgésico, la curación por la palabra ²⁶. Sus efectos, con frecuencia, pasan, y vuelve la necesidad de comunicación. Se cuenta como caso extremo el del que coge un taxi, y recorre la ciudad sólo por hablar con el taxista.

26. Cf. Pedro LAÍN ENTRALGO, *La curación por la palabra en la antigüedad clásica*, Editorial Anthropos, Barcelona 1987.

A veces, el oyente no contesta, pero el hablante habla, y habla descargando su angustia. Con saber que alguien le escucha, tiene suficiente. Lo dice un personaje atormentado de Gabriel Miró: «me parece que aliento desde que me he sentido resonar en otro hombre. Yo me entiendo a mi modo. Hasta que vine (*se desahoga con un sacerdote*), no me quedaba más camino que el de encomendarme a Dios y arrepentirme [...] o el de perderme, como suele decirse. Acudir a Dios, podré acudir; pero ahora, además de Dios, sé que usted me ve; y usted es un hombre, y de hombres no tenía yo a nadie»²⁷. «A veces es tan agradable hablar con alguien», dice la joven francesa al final de la película *Hiroshima mon amour*²⁸.

Pero no hay que acudir a casos extremos. Nos comunicamos aun antes de nacer. Nacer es entrar en un orden simbólico -social, lingüístico y cultural- que nos precede, en el que estamos llamados a ser también nosotros sujetos creadores. Hacerse Robinson por voluntad propia es lo más antinatural que existe, negarse a ser hombre. Pues bien, «ni siquiera en esa soledad aceptada o querida podemos extirpar de nuestro afán la indeleble aspiración a compartir las propias evidencias. Nos cuesta un esfuerzo ímprobo no decir “es hermoso” cuando queremos decir “me gusta”»²⁹.

Hay en el hombre, dada la estructura de su vida, una necesidad de expresarse, de dar salida a su mundo interior, y de compartirlo con alguien. Estos dos motivos psicológicos, origen y finalidad de la comunicación, los ha captado muy bien Carmen Martín Gaité en su narración sobre *La confesión sacramental*³⁰. En ellos está el origen de la creación literaria y de la creación artística en general. El comunicante, tanto el más vulgar como el artista más refinado, quiere expresarse a sí mismo, afirmarse en su diferencia; expresar sus ideas, sus proyectos, sus sentimientos, sus ganas de vivir, aunque con frecuencia cuente sus angustias, sus fantasmas y sus dolencias. Por eso los psicoanalistas tratan de hacer aflorar, bajo la escoria repetitiva de las quejumbres, la fuente de la personalidad creadora y única; romper la costra que la ciega, liberar su corriente creadora. Los cristianos, en especial los de las iglesias arcaicas, tenemos aquí una gran tarea, sobre todo con las nuevas generaciones. Son muchos siglos de mudez para que se produzca de repente lo del sacerdote Zacarías: «en el acto se le soltó la lengua y empezó a hablar» (Lc 1, 64). Al menos, no hagamos enmudecer a los que empiezan.

27. Gabriel MIRÓ, *Nuestro Padre San Damián*, c. III, en *Obras escogidas*, Aguilar, Madrid 1967, 4ª, 663.

28. Charles MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, Editorial Gredos, Madrid 1995, VI, 25.

29. José Antonio MARINA, *Teoría de la inteligencia creadora*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1995, 6ª, 202.

30. Cf. *El cuento de nunca acabar*, Ediciones Destino, Barcelona 1985, 219-226.

4. LA INCOMUNICACIÓN

Pero quizá se comprenda mejor la necesidad que tiene el hombre de comunicarse examinando los estragos que hace la incomunicación. De las causas de incomunicación unas son generales, comunes a todos los hombres; pertenecientes a la estructura misma de la vida humana, como la alteridad, o al instrumento de comunicación, como el lenguaje. Otras afectan sólo a determinados individuos. Es en estas donde se pueden ver los efectos dañinos de la incomunicación.

a) *La alteridad*

«Sucede que de un golpe descubrimos / entre nosotros y tal hombre espacio / muy profundo, como si fuera astral»³¹. El hombre es relación, comunicación. Pero la relación con el otro no es directa. No vemos sus pensamientos, ni sus deseos, ni sus sentimientos, ni sus intenciones...; sólo los podemos vislumbrar, verlos a través de sus gestos y palabras. Nunca podremos tener certidumbre absoluta, evidencia sobre él. Nos queda siempre un resto inaccesible. El otro será siempre otro, por muy próximo y transparente que nos sea. La alteridad es su rasgo constitutivo. Yo soy yo y mi circunstancia, y él es él y la suya, coincidentes en mucho o en poco, pero siempre diferentes, irreductibles³². «¿Puedo saber lo que alguien quiere decir cuando dice que me quiere?»³³.

Estamos condenados a la soledad. «Estamos siempre solos [...] / y nuestra sombra juega / trágicamente a la gallina ciega; / [...] ¡Estamos siempre solos, siempre en vela, / esperando, Señor, a que nos abras / los ojos para ver, mientras jugamos!»³⁴. Somos soledad radical. Pero soledad es quedarse solo porque el otro se ha ido, y nos ha dejado solos, o porque nos hemos ido nosotros; echarle en falta, añorarle. «Con soledad y llanto», dejó Cristo a sus apóstoles, al subir al cielo según fray Luis de León³⁵. Soledad es saudad, morriña, desgarrar por la ausencia de alguien al que echamos de menos. Es la herida abierta en nuestros dentro más dentro, la herida que no cesa porque busca

31. Jorge GUILLÉN, *La incomunicación*, en *Aire nuestro. V. Final*, Barral Editores, Barcelona 1981, 324.

32. Cf. ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, edic. cit., 97-104 y 108-117; José VEGA, *art. cit.*, 495-501.

33. José Antonio MARINA, *ib.*, 69.

34. Leopoldo PANERO, *A mis hermanas*, en *Poesía 1932-1960*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid 1963, 173.

35. *Poesías*, 18, en *Poesía completa*, edición de José Manuel Blecua, Editorial Gredos, Madrid 1990, v. 3.

la compañía del otro, comunicación con él, sinceridad, transparencia absoluta. Nuestra Señora de la Soledad es la Virgen que se ha quedado *sola* de Jesús, porque se lo han matado, y la más alta soledad que han visto los siglos es la de Cristo que se quedó *solo* del Padre, que le abandonó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46). «Es la expresión que más profundamente declara la voluntad de Dios de hacerse hombre, de aceptar lo más radicalmente humano que es su radical soledad. Al lado de eso, la lanzada del centurión Longinos no tiene tanta significación»³⁶.

Necesitamos comunicarnos, comunicarnos desde el fondo de nosotros mismos, y alcanzar a los otros en su reducto más íntimo. A los otros les pasa lo mismo. Pero nunca lo conseguimos. Queda siempre, por muy íntima que sea la comunicación, un resto de opacidad entre unos y otros. Volveré más adelante sobre ello. Esta opacidad de la persona es la razón del evangélico «no juzguéis y no os juzgarán» (Mt 7,1). Nadie es capaz de entrar en el interior del otro, y ver desde dentro de él su yo y su mundo. El juicio despiadado, que solo atiende a si el comportamiento se ajusta o no a una serie de leyes, no hace justicia al hombre. La rigidez es fariseísmo, hijo de la hipocresía, no de la bondad. Tengo que aceptar que el otro es él, no yo.

b) *El lenguaje*

El otro y yo, por consiguiente, nos podemos comunicar en parte, sólo en parte; pero aquí sobreviene otra dificultad. El lenguaje, también el verbal, es deficiente. Con él nos podemos entender sobre cosas y números, sobre arados y reses; pero en cuanto entramos en el mundo personal nos resulta torpe y primitivo. Los místicos de todos los tiempos se quejan de que el lenguaje no les sirve para expresar lo que han experimentado, y, en consecuencia, se refugian en el silencio, o hablan de cuestiones periféricas, no del meollo de su experiencia. ¿No será un pretexto? También a los demás nos pasa lo mismo. Toda experiencia humana es, en última instancia, inefable. Y, sin embargo, aquí estamos luchando con el lenguaje, comunicando nuestro mundo interior, comunicándonos. Empresa difícil y arriesgada, cierto; por eso es apasionante. Si los posmodernos, Lyotard por ejemplo, creen que las lenguas son intraducibles, y que cada uno vive encerrado en su idiolecto, ¿a qué escriben? ¿A qué traducirlos?

Fray Luis de León, tan certero siempre en cuestiones lingüísticas, vio bien el problema. «Suele poner dificultad en todos los escritos adonde se explican algunas grandes pasiones o afectos mayormente de amor, que al parecer van

36. ORTEGA Y GASSET, *ib.*, 47

las razones cortadas y desconcertadas, aunque a la verdad entendido una vez el hilo de la pasión que mueve, responden maravillosamente a los afectos que exprimen, los cuales nacen unos de otros por natural concierto, y la causa de parecer así cortadas es que en el ánimo enseñoreado de alguna vehemente afición, no alcanza la lengua al corazón ni se puede decir tanto como se siente, y aun eso que se puede no lo dice todo sino a partes y cortadamente, una vez el principio de la razón y otras el fin sin el principio, que así como el que ama siente mucho lo que dice, así le parece que en apuntándolo está por los demás entendido: y la pasión con su fuerza y con increíble presteza le arrebató la lengua y corazón de un afecto en otro; y de aquí son sus razones cortadas y llenas de obscuridad, parecen también desconcertadas entre sí porque responden al movimiento que hace la pasión en el ánimo del que las dice, la cual quien no la siente o ve juzga mal de ellas; como juzgaría por cosa de desvarío y de mal seso los meneos y movimientos de los que bailan el que viéndolos de lejos, no oyese, ni entendiese el son a quien siguen»³⁷.

Pero no son sólo los movimientos del ánimo agitado por la pasión los que el lenguaje no expresa en forma suficiente. También la expresión del pensamiento se ve sometida a las confusiones originadas por el lenguaje, siempre impreciso. «El hombre, cuando se pone a hablar, lo hace *porque* cree que va a decir lo que piensa. Pues bien, esto es ilusorio. El lenguaje no da para tanto. Dice, poco más o menos, una parte de lo que pensamos y pone una valla infranqueable a la transfusión del resto [...]. Dóciles al prejuicio inveterado de que “hablando nos entendemos”, decimos y escuchamos de tan buena fe que acabamos por malentendernos mucho más que, si mudos, nos ocupásemos de adivinarnos. Más aún: como nuestro pensamiento está en gran medida adscrito a la lengua -aunque me resisto a creer que la adscripción sea, como suele sostenerse, absoluta-, resulta que pensar es hablar consigo mismo y, consecuentemente, malentenderse a sí mismo y correr gran riesgo de hacerse un puro lío»³⁸.

Nos desviaría de nuestro tema, la comunicación y la convivencia, indagar las causas de esta insuficiencia, y traer textos de los muchos escritores que han dejado testimonio de ella. Para obviarla Bécquer quería escribir «del hombre / domando el rebelde, mezquino idioma, / con palabras que fuesen a un tiempo / suspiros y risas, colores y notas»³⁹.

37. *Cantar de Cantares de Salomón*, edición de José Manuel Blecua, Editorial Gredos, Madrid 1994, prólogo, 48-49. He adaptado ligeramente la ortografía a nuestros usos.

38. ORTEGA Y GASSET, *ib.*, 199-200.

39. *Rimas y declaraciones poéticas*, I, edic. cit., 87. Cf. Georges MOUNIN, *Lingüística y filosofía*, Editorial Gredos, Madrid 1979, 239-267. Las relaciones entre lenguaje y pensamiento han originado una auténtica selva bibliográfica. Sapir y Whorf las llevaron a extremos inaceptables. Para una primera aproximación puede leerse este libro de Mounin.

c) *Deficiencias físicas y psíquicas*

Durante siglos, los sordomudos fueron marginados, y encerrados en el manicomio, considerados como azote de Dios por los pecados de sus padres. Incapaces de comunicarse, quedaban condenados a no crecer humanamente. Pero la invención del lenguaje manual, en la que los españoles Ponce de León, Juan Pablo Bonet y Manuel Ramírez Carrión fueron pioneros, les permitió expresarse, y alimentarse de sustancia humana. Desde entonces, pudieron hacerse personas.

Es conocido el caso de Helen Keller. A los diecinueve meses, una enfermedad la dejó ciega, sorda y muda. Se acabó su crecimiento como persona. Desconectada del mundo exterior, la noche se abatió sobre su incipiente mundo interior. Pero la institutriz que la atendía, Anne Marssfield Sullivan, al ver en cierta ocasión que quería jugar con un cuchillo, tuvo una feliz ocurrencia: rozar con él la mano de la niña. El gesto se repitió. Días después, la niña pedía el cuchillo para jugar con él. Había surgido una nueva posibilidad: traducir el lenguaje verbal al lenguaje táctil. ¿Cómo? Valiéndose del alfabeto manual de los sordomudos, le daba una serie de golpecitos sobre la palma de una mano para que «oyera» el significante de las cosas mientras se las hacía palpar con la otra para que las «viera». El tacto hacía de oído y de ojos, y a través de él iba uniendo significantes con significados. Pronto aprendió a expresarse, y luego a leer con palabras escritas en relieve, y a escribir con el alfabeto Braille. Su mundo se ensanchaba a todo andar. Palpando las letras en los movimientos de los labios y lengua de una profesora de niños sordomudos, consiguió hablar, tras ímprobos esfuerzos, aunque muy deficientemente. Helen Keller pudo cursar estudios, desarrollar su inteligencia y sensibilidad, entrar en el mundo humano, y poseerlo, poseerse a sí misma. Aprendió latín, griego, francés, alemán..., y, por supuesto, inglés. Se diplomó en Radcliffe, universidad femenina unida a Harvard. Dio conferencias, viajó por todo el mundo recaudando fondos para los niños ciegos y sordomudos, y devolviendo la esperanza a los miles de jóvenes que quedaron ciegos durante la Segunda Guerra Mundial. Ana Sullivan le había dado lo mejor de sí misma. Ahora era ella la que se daba a todos los desgraciados. Escribió varios libros por el sistema Braille, entre ellos *Historia de mi vida*. Su vida fue llevada al teatro y al cine en *El milagro de Ana Sullivan* ⁴⁰. El caso de Marie Heurtin es muy parecido. Como a Helen Keller, la adquisición de un lenguaje le permitió comprender a los demás, y ser comprendida; ser sujeto de su vida, ser persona.

40. Cf. Lorena A. HICKOK, *La historia de Helen Keller*, Edicions Mensajero, Bilbao 1986, 3ª.

Son muchos los deficientes psíquicos que no pueden comunicarse satisfactoriamente. El niño autista vive encerrado en su mundo, un mundo vacío o casi vacío, donde apenas si resuena alguna voz. Tiene dificultades para comunicarse, y, por lo tanto, se queda estancado en su crecimiento humano. Para que pueda crecer, y llegar a ser él, es preciso romper las barreras que lo aíslan, y lograr que entre en contacto con los otros.

La conclusión es evidente: el hombre sólo se hace hombre entre los hombres. Necesita consumir sustancia humana, mucha y muy variada sustancia humana. Pero como el hombre concreto, el que existe, es varón o mujer, no hombre sin más, para hacerse hombre necesita sustancia de los dos sexos. Así es la realidad. Lo demás son tinglados en el aire, cuyo precio es desmochar al hombre, destruir la obra de Dios. Si se hace en su nombre, la peor de las aberraciones.

d) *Los niños salvajes y los niños-lobo*

Ilustrativo de esta necesidad de comunicarse que tiene el hombre es también el caso de los niños salvajes y los niños-lobo; niños que por diversas causas se quedaron fuera de la comunicación con los hombres, en un estado más animal que humano. Hubo en el pasado experimentos de aislar a niños recién nacidos con la intención de observar qué lengua comenzaban a hablar. Así se sabría cuál fue la primera lengua que hablaron los hombres. Esto es, al menos, lo que se cuenta de Psamético I de Egipto, del emperador Federico II en el siglo XIII, del rey Jacobo de Escocia en el siglo XV y de Akbar, emperador de la India, en el siglo XVI... Pero los experimentos fracasaron, porque los niños, privados de relaciones afectivas, murieron. Sin embargo, ha habido algunos casos en los que se ha podido comprobar que sin contacto humano no hay humanización, mucho menos personalización. Lo humano y lo personal no son algo innato en el hombre, sino fruto de relaciones humanas y personales. Sin ellas, lo humano se queda en mera potencialidad. Víctor de l'Aveyron en Francia, Caspar Hauser en Alemania, las niñas Amala y Kamala en la India y Anna en los Estados Unidos de América son algunos de estos casos. Encontrados en deplorable estado de abandono, privados de relaciones humanas, eran biología en estado bruto. Todo cambió en ellos al relacionarse con personas, y alimentarse de sustancia humana ⁴¹.

Hay leyendas populares que hablan de hombres-lobo, licántropos. Hoy tenemos la prueba científica de su existencia. En 1920, fueron encontradas en Denver (Estados Unidos) dos niñas en una cueva de lobos, viviendo con ellos. Tenían tres y seis años. Su comportamiento era ya de lobos: andaban y corrían a cuatro patas; no podían mantenerse en pie, no podían coger nada con las manos; comían, y

41. Cf. Manuel CABADA, *ib*, 112-114 y 246-249.

bebían, como lobos. Una murió muy pronto. La otra sobrevivió nueve años. En ese tiempo, tan sólo fue capaz de aprender unos cuarenta monosílabos ⁴². ¿Eran personas? Había en ellas, sin duda, genoma humano, potencialidades humanas, pero ninguna de sus realizaciones. No habían tenido intercambio humano, no se habían nutrido de sustancia humana, y sin ella no hay modo de hacerse hombre. *El libro de la selva* de Kipling es pura imaginación.

e) *La incomunicación de familias y pueblos*

Y esto que está claro en los individuos, vale también para las sociedades en general. Pueblos que en un momento determinado, vivieron días de esplendor desaparecieron luego de la historia, o entraron en una prolongada decadencia. Esta coincide, inevitablemente, con el aislamiento, y aquel con la comunicación con otros pueblos. Todo grupo humano o comunidad que se enclaustra en si mismo se condena a desaparecer, o a quedarse rezagado en la historia como una reliquia del pasado, muy interesante quizá para los folkloristas, pero humanamente empobrecido. Ahí estaban, sin salir de España, los enxebres, los agotes, los vaqueiros de Alzada y los hurdanos, hoy por fortuna salidos de su aislamiento. Lo mismo se ve en las familias que viven lejos del trato humano. Lobeznos, lobeznos es lo que crían. Las comunidades religiosas no escapan a esta ley, por más que apelen al espíritu. Si no hay contacto con el mundo, el espíritu se va, y su lugar lo ocupan los espectros.

f) *Digresión sobre la interioridad*

El camino hacia uno mismo pasa necesariamente por los otros. Sin ellos, se reingresa en el reino animal. La inteligencia, la libertad, la bondad, la ambición, las posibilidades incluso... no están ahí, sino que surgen, y se desarrollan en contacto con los otros hombres. Soy yo, sujeto, el que las voy alumbrando, con voluntad, con tesón; pero en interacción con lo otro que yo, en especial con los otros, único camino por el que me iré haciendo a mí mismo. Por el que me iré haciendo, no solo por el que me he hecho. Porque no es que necesitara a los demás en la infancia; es que los necesito ahora, y los necesitaré mientras viva para ser yo, para ser el que quiero ser. He necesitado, y necesito hoy, y necesitaré mañana, si vivo, alimentarme de los demás. Renunciar a ello, aislarme, es negarme a mí mismo como hombre, condenarme a vegetar, una perversión capital, raíz de otras muchas. La menesterosidad humana es metafísica, radical; menesterosidad de lo otro que yo, especialmente de los otros. No nos sirve la vieja definición de persona que desde Boecio anda por los manua-

42 Cf. José Antonio MARINA, *ib.*, 289, con bibliografía.

les: «una sustancia individual de naturaleza racional», *rationalis naturae individua substantia*, en la que hay tantos errores como palabras.

El hombre no se encuentra a sí mismo dentro de sí (ni encuentra ahí la verdad, ni la bondad, ni la belleza..., ni a Dios), sino abriéndose al exterior, a los otros hombres, entrando en relación con ellos. La interioridad es, sin duda, necesaria como momento de reflexión, de encuentro con la radical soledad que es el hombre, de reconstrucción de la propia persona; pero tiene que ser una interioridad poblada de exterioridad, fecundada por ella. Una interioridad habitada, sobre todo, por aquellas personas con las que es grato dialogar, comunicarse hasta el fondo de sí mismo, interpenetrarse. De lo contrario, será una interioridad de fantasmas, lunática, vacía de realidad. Dios nos habla en los otros, en su presencia inmediata. El rostro del otro, en especial el del sufriente (el pobre, el huérfano, la viuda, el marginado...), es la palabra de Dios, como dice con lenguaje bíblico Emmanuel Lévinas. Y es con los otros, en relación con ellos, como vamos descubriendo la verdad, las pequeñas verdades a nuestro alcance humano; las pequeñas verdades que son luz, sal y fermento de nuestra existencia.

Hay que someter la interioridad agustiniana a una crítica implacable, sobre todo tal como la expresó en sus primeras formulaciones, claramente neoplatónicas. Frente a la consigna plotiniana y agustiniana de «no vayas fuera; dentro habita la verdad, en el hombre interior»⁴³, habría que lanzar la de «vete fuera,

43. «No salgas fuera, retorna a ti mismo; la verdad habita en el hombre interior. Y si hallas que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo. Pero, al trascenderte, recuerda que trasciendes un alma razonante. Dirígete, pues, a donde se enciende la verdadera luz de la razón. Pues ¿adónde llega todo buen razonador sino a la verdad?» (SAN AGUSTÍN, *La verdadera religión* XXXIX, 72). Cf. José VEGA, *La vocación agustiniana. El proyecto filosófico-monástico-sacerdotal de san Agustín*, Estudio Agustiniano, Valladolid 1987, 368-372. PLOTINO, *Enéadas* IV, 7, 10: «Porque no es precisamente yendo fuera como el alma <<contempla la templanza y la justicia>>, sino que las ve por sí misma, dentro de sí misma, en la intuición de sí misma, y de lo que anteriormente era, viéndolas como estatuas erigidas dentro de ella tras haberlas dejado bien limpias, pues estaban herrumbrosas por el tiempo». Esto mismo vieron los anacoretas y los extáticos de todos los tiempos, o creyeron verlo, y así lo contaron. El alma está enfangada en el cuerpo. No ve lo eterno que hay en ella. Para verlo necesita limpiar su ojo interior, necesita purificarse, liberarse de todo afecto humano, vivir en el cuerpo como si en él no viviera. Este lenguaje plotiniano y gnóstico, tan extraño al Evangelio, es el que han usado durante siglos los espirituales cristianos. Lo conocemos de sobra. La helenización del cristianismo fue un hecho ¿Quién lo deshelenizará? Que el alma contempló la «templanza y la justicia» y todas las demás ideas antes de ser atrapada en el cuerpo lo dice Platón, *Fedro*, 247, d 5-6. Mientras esté en el cuerpo solo las puede conocer por reminiscencia. Para ello necesita purificarse, liberarse de todo lo terreno. San Agustín, en un principio, explicó también el conocimiento inteligible por reminiscencia. Más tarde abandonó esta teoría, y se acogió a la de la iluminación. En ambos casos, se trata de innatismo, y en ambos sólo se llega al conocimiento por la purificación de los sentidos y afectos, rayando todo lo humano. ¿Se puede presentar a san Agustín como la solución de nuestros problemas? La pregunta es, evidentemente, retórica. Ni a él ni a ninguno de los gnóstico-plotinianos que en el mundo han sido, que han sido muchos, muchísimos, infinitos

que fuera habita la verdad», si no fuera tan errónea como aquella. La verdadera es esta otra: vete fuera, vive; ciñe el fuera con tu razón, aníllalo cada vez más de cerca con tu mirada inquisitiva, esclárecelo con tu reflexión; que en ese diálogo interior con el exterior irás desvelando la verdad, haciéndola. Contrástala con las verdades que han hallado los otros; sal de tus evidencias hacia las suyas, en diálogo parteador con ellos. A la interioridad hay que ir desde la trascendencia, desde la exterioridad, desde los otros; y a los otros, a la trascendencia, a la exterioridad, hay que volver desde ella, sin que la exterioridad, los otros, hayan quedado fuera un solo momento. Los otros están virtualmente en mi soledad, porque yo soy yo y los otros, indisolublemente.

g) *Los prejuicios*

Necesitamos a los demás, abrírnos a ellos, ampliar nuestro horizonte; que los otros entren en nuestro mundo, y lo fecunden. Sin embargo, el otro ha sido siempre el gran desconocido, también el odiado. Es el bárbaro. Hay en el hombre un instinto de protección frente a todo lo que venga del exterior, y todo su afán es amurallarse, encerrarse en sí mismo, y vivir seguro con sus ideas y en sus creencias. ¿Seguro de sus ideas y creencias quien tal hace? Esta es la mejor prueba de su inseguridad.

La tribu, el clan, la mafia... son círculos cerrados que viven de sí mismos. Los otros son el enemigo con el que hay que acabar, los bárbaros. Los círculos, a veces, se agrandan, pero no por ello dejan de serlo. Los de la propia nación son entonces los sabios y los buenos y los altos; más allá están los tontos y los malos y los pequeños. Otras veces se estrechan, y los de la misma región de al lado son los tontos y los malos y los pequeños. Si el círculo se reduce aún más, los tontos y los malos y los pequeños son ya los del pueblo más próximo, o los vecinos de al lado. Los españoles sabemos algo de esto. No hay pueblo que no tenga refranes para insultar a los de al lado. Todavía hoy, en el sentimiento de patria anida la valoración negativa del extranjero. No sabemos estimar lo propio sin devaluar lo ajeno. Nuestra educación sentimental y estimativa están aún en ciernes.

Fanáticos, dogmáticos, fundamentalistas, cristianos, musulmanes, judíos, católicos, protestantes, ortodoxos... Todos construyen sus propios círculos, y exterminan a los de fuera en nombre de Dios. ¡Lo que tiene que aguantar Dios, y la de palabras que se le han atribuido a él, tan silencioso! «Dogmáticos feroces / proclaman sus principios incendiarios. / La incomunicación es espantosa. / Hay “diálogos” a tiros decisivos. / Se invoca hasta los dioses, que se yerguen / entre las humaredas del combate»⁴⁴.

44. Jorge GUILLÉN, *La incomunicación*, en *Aire nuestro. V. Final*, edic. cit., 324.

Existen también los círculos corporativos: de abogados, médicos, sindicatos, jueces, periodistas, clero... Dentro de cada uno hay grupos y subgrupos, tendencias, movimientos... Cada uno está en posesión de la verdad, cada uno es el mejor. Que nadie se atreva a ponerlo en duda; que nadie hable de su mal hacer. Entre ellos no hay comunicación. Cada uno vive metido en su escafandra. Esto es bien notorio en España. «De un cañonazo que se dispara en un barrio no se entera nadie en el próximo. Sería preciso disparar el cañonazo dentro del oído de cada español para lograr que la sociedad española se enterase de que ahí fuera había tiros. Y no es la envidia ni el tan repetido “individualismo” causa profunda de esto. Es la falta de curiosidad y de afán de enriquecer nuestra vida con la del prójimo»⁴⁵.

Es bien conocida la endoculturación del clero español. Desconoce sistemáticamente todo lo que se publica más allá de las bardas de su corral, o arremete furibundo contra toda inteligencia superior que pueda quitarle clientela. Los casos de Unamuno y Ortega son clamorosos. Durante décadas se privó a los españoles de su pensamiento vigoroso y esclarecedor, que hubiera podido ser el mejor acicate de la renovación del pensamiento cristiano. Si a algún laico se le ocurre razonar su fe, y aclarar su experiencia cristiana, saltará inmediatamente a su cuello algún clérigo preguntándole indignado: ¿con qué autoridad hablas?; ¿qué títulos tienes? Y desde su excluyente teología amojamada le irá descuartizando la obra. Es lo que ocurrió cuando Lili Álvarez, la famosa tenista, escribió su primera obra. Alguien, no especialista, de fuera, se había atrevido a entrar en el coto que el clero ha proclamado de su propiedad; y le dispararon a bocajarro ¡Ser especialista, la gran obsesión, el terrorismo al que tantos se entregan en nuestros días! Lili Álvarez no es especialista en teología. Y ¿qué? Pero es una de las escritoras cristianas de nuestro siglo, ¡por fin comienza a haberlas!, que hay que leer. Sirva esta rauda alusión de homenaje a su memoria.

Cada uno, en fin, se crea sus propios círculos. Tras ellos vive feliz, parapetado en sus convicciones, sordo y ciego para lo demás. «Aún no ha nacido quien pueda enseñar al hijo de mi madre», oí en cierta ocasión a un sedicente sabio, ignorante de su ignorancia abismal. «Uno traza un círculo mágico en torno a sí, y deja encerrado en el exterior todo lo que no forma parte de los juegos secretos. Cada vez que la vida rompe el círculo, los juegos se tornan insignificantes y grises y ridículos. Entonces, uno traza nuevos círculos y construye nuevas murallas»⁴⁶. No nos pasemos la vida construyendo murallas, y encerrándonos en ellas.

45. ORTEGA Y GASSET, *El poder social*, en *El hombre y la gente*, edic. cit., 244.

46. Ingmar BERGMAN, *Como en un espejo*. Citado por Charles MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, edic. cit, VI, 105.

El peligro es tanto mayor, cuanto que dentro de su círculo uno puede ser buen razonador, y tener una enorme erudición. Todo lo que venga a confirmar sus convicciones será bien recibido. Lo que las ponga en quiebra será rechazado con indignación. No es raro el caso de quien niega verdades que se han convertido ya en patrimonio común, evidentes, por no abrir brecha en las convicciones en que vive quizá con gran sacrificio.

¿Cuándo nos atenderemos a la evidencia de que necesitamos estar abiertos al oxígeno de la realidad, de toda la realidad, dejándola ser en su plenitud? Necesitamos salir de nosotros mismos, y enriquecernos con la vida del prójimo; enriquecer nuestra perspectiva con otras muchas, cuantas más mejor. Es menester que no convirtamos la cultura en prejuicio; que tengamos limpios los ojos para que nada se interponga entre nuestra visión y la realidad. Es la actitud que García Morente llama *ingenuidad*⁴⁷. El hombre, cuando es inteligente, sabe mantener siempre a punto su capacidad de pasar a un nivel de evidencia superior a aquel en que está⁴⁸. Hay entre los religiosos de edad avanzada quienes presumen de no haber cambiado desde el noviciado. En contra de lo que ellos creen, no es ningún elogio.

5. LA INCOMUNICACIÓN EN LA VIDA RELIGIOSA

a) *El culto al silencio*

No es este el lugar adecuado para estudiar la incomunicación de otros tiempos y la comunicación actual en las Órdenes religiosas. Sólo un brevísimo apunte. En las Reglas y Constituciones se prohibía expresamente la comunicación. La palabra era el gran enemigo de la santidad. Tanto, que algunas Órdenes la sustituyeron por un lenguaje de señas, que había que usar también con parquedad y conforme a lo prescrito. El religioso no tenía que ser hombre de palabra sino de silencio. La taciturnidad era su gran virtud. Se prohibía el trato con el mundo exterior, también a través de libros. Cuando aparecieron los modernos medios de comunicación social, se prohibió tajantemente su lectura. Se prohibía el trato entre los religiosos, limitándolo en tiempo y contenidos. El silencio era algo sagrado, se castigaba duramente a quien lo violaba, y faltar a él era materia de confesión⁴⁹. Hasta había un tiempo diario llamado *el gran silencio* o *silencio mayor*, que era, ¡qué coincidencia!, la hora de la siesta.

47. Cf. *Lecciones preliminares de filosofía*, Editorial Losada, Buenos Aires 1977, 19^o, 343-344.

48. Cf. José Antonio MARINA, *Ética para náufragos*, Editorial Anagrama, Barcelona 1995, 70-98, sobre el nivel de evidencia.

49. Sobre la convivencia en las Órdenes religiosas, cf. José VEGA, *La convivencia según la Escuela Agustiniiana Española del siglo XVI*, en *Estudio Agustiniiano* 32 (1997) 267-335 y 499-544.

Sólo algunos textos de uno de los grandes maestros de la espiritualidad, san Juan de la Cruz: «Hable poco, y en cosas que no es preguntado no se meta»⁵⁰. «Nunca deje derramar su corazón, aunque sea por un credo»⁵¹ «El hablar distrae, y el callar y obrar recoge y da fuerza al espíritu [...]». No hay mejor remedio que padecer y hacer y callar, y cerrar los sentidos con uso e inclinación de soledad y olvido de toda criatura y de todos los acaecimientos, aunque se hunda el mundo [...], haciendo y padeciendo virtuosamente, todo envuelto en silencio [...]. El alma que presto advierte en hablar y tratar muy poco advertida está en Dios, porque, cuando lo está, luego con fuerza la tiran de dentro a callar y huir de cualquiera conversación, porque más quiere Dios que el alma se goce con él que con otra alguna criatura, por más aventajada que sea y por más al caso que le haga»⁵². Apareció el Dios celoso; celoso de que alguien, por muy espiritual que sea, le robe a sus enamorados. Para amar a Dios las criaturas son un estorbo. Amar a Dios es estar a solas con él, el alma sola con él solo. *Solus cum solo* era la máxima de la espiritualidad monástica. «Viva como si no hubiese en este mundo más que Dios y ella, para que no pueda su corazón ser detenido por cosa humana»⁵³. El religioso debe vivir ajeno a lo que pasa en la comunidad, como si solo él estuviera en el convento. «Guardes con toda guarda de poner el pensamiento, y menos la palabra, en lo que pasa en la comunidad: qué sea o haya sido, ni de algún religioso en particular, no de su condición, no de su trato, no de sus cosas, aunque más graves sean, ni con color de celo ni de remedio [...]. De tal manera vivas entre ellos, que ni vuelvas la cabeza del pensamiento a sus cosas, sino que las dejes totalmente, procurando tú traer tu alma pura y entera en Dios, sin que un pensamiento de eso ni de esotro te lo estorbe [...]. Y si tú no te guardas como si no estuvieses en casa, no sabrás ser religioso aunque más hagas, ni llegar a la santa desnudez y recogimiento [...] Harto cogido estás cuando ya das lugar a distraer el alma en algo dello. Y acuérdate de lo que dice el apóstol Santiago. *Si alguno piensa que es religioso no refrenando su lengua, la religión déste vana es* (1, 26). Lo cual se entiende no menos de la lengua interior que de la exterior»⁵⁴.

Para conseguir todo esto hay que tapiar los sentidos, no enterarse de nada. Algunos santos llegaron a emparedarse. Emparedada vivió con su

50. *Dichos de luz y amor* 140, en *Vida y obras de san Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1978, 10ª, 419.

51. *Ib.* 145, *ib.*, 419.

52. *Cartas* 8, en *ib.*, 359-360.

53. *Dichos de luz y amor* 143, *ib.*, 419.

54. *Cautelas* 8-9, *ib.*, 424-425.

madre santa Oria en San Millán de Suso ⁵⁵. Prácticamente emparedados vivían fray Juan de la Cruz y su compañero fray Antonio de Jesús en Duruelo, según cuenta santa Teresa de Jesús ⁵⁶. ¿A qué seguir? Tras lo dicho, está claro que no son estas nuestras convicciones; que no es este el camino del desarrollo humano, dada la comprensión que hoy tenemos del hombre.

b) *Los usos comunitarios*

Las cosas han cambiado en las Constituciones posconciliares. Ha habido aquí, como en otros aspectos, una auténtica ruptura con la tradición, aunque no se diga, y se siga hablando de fidelidad al carisma fundacional. El carisma, por lo visto, es la tripa de Jorge, que se estira y se encoge. El carisma de las Órdenes religiosas es la versión a lo divino, una versión tardía, de «l'esprit des nations» de Voltaire, del «Volksgeist» de Hegel y los románticos alemanes, del «alma del pueblo» de Wundt, de la «conciencia colectiva» de Durkheim, del «espíritu nacional» de todos los fascismos y nacionalismos. Es el discurso que alimentó, y sigue alimentando, a los nacionalistas y fundamentalistas de todos los pelajes, siempre en un tris de convertirse en talibanes. Hablar, a estas alturas, de carisma de una comunidad, del espíritu de un pueblo, de alma colectiva es situarse fuera de la historia. «Eso del *alma colectiva*, de la *conciencia social* es arbitrario misticismo. No hay tal alma colectiva, si por *alma* se entiende –y aquí no puede entenderse otra cosa–, sino *algo* que es capaz de ser sujeto responsable de sus actos, *algo* que hace lo que hace porque tiene para él claro sentido. ¡Ah! ¿Entonces será lo característico de la *gente*, de la *sociedad*, de la *colectividad* precisamente que son *desalmadas* [...]. La *colectividad* es, sí, algo humano; pero es lo humano sin el hombre, lo humano sin espíritu, lo humano sin alma, lo humano deshumanizado» ⁵⁷.

Existe en toda época y sociedad, en todo grupo social, un patrimonio común de usos y costumbres, de creencias, de ideas, de normas, de valores, etc., que lo caracterizan y lo distinguen de los demás. Algunos o muchos de sus elementos pueden ser compartidos por otros grupos, pero es el patrimonio en su conjunto y la jerarquía de sus elementos lo que caracteriza al grupo. Patrimonio que el grupo admite no sólo porque sea el suyo, sino porque lo juzga, esto es lo grave, el más racional y valioso y hasta el natural. Todo ello es efecto, petrificado, mineralizado, de la actividad psíquica de determinados individuos, solos o en grupo. Es el marco de referencia en que ese grupo se mueve,

55. Cf. Gonzalo de BERCEO, *Poema de santa Oria*, edición, introducción y notas de Isabel Uría Maqua, Editorial Castalia 1981.

56. Cf. *Libro de las fundaciones* 14, 7, en *Obras completas*, BAC, Madrid 1979, 6^a, 557.

57. ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, edic. cit., 145-146.

el imaginario que lo nutre, al que acude para formar a las nuevas generaciones, el que inspira y condiciona toda nueva labor creadora de sus miembros. Son formas de conducta de las que el individuo no es sujeto creador, responsable, sino que se las encuentra ya hechas; que están fuera de él y de cualquier otro; que le presionan, como a todos; que le hacen vivir a cuenta de la comunidad, como autómatas, a cuenta de lo que en el pasado se decidió. Por mucho que las interiorice, no son suyas. No es él el que las ha pensado, ni las realiza por propia iniciativa. Los usos y costumbres, las normas y valores, las ideas y creencias en que vive el grupo son irracionales, ininteligibles para el individuo. Tuvieron su razón de ser en el momento de su creación, pero después la perdieron. Ya nadie sabe por qué se hace tal cosa, pero se sigue haciendo porque es lo que se hace. Y si alguien lo sabe, no la hace porque tenga para él sentido, sino porque es lo mandado.

En ninguna época se siente más clara su presión que en las de cambios profundos. Tenemos experiencia de ello. Los usos se oponen con todo el peso de su irracionalidad a la innovación creadora, pero, a la vez, suministran el material para hacerla. La creación de usos nuevos sólo es posible desde una determinada estructura social que la condiciona y empuja. El cristianismo no es inteligible sin el judaísmo y el helenismo, ni Marx sin Hegel, ni Ortega sin su circunstancia.

Ortega llamaba a los usos sociales una casi-naturaleza, un intermedio entre el hombre y la naturaleza, lo humano naturalizado y «como mineralizado»⁵⁸. Por eso no cabe hablar de alma del pueblo, espíritu nacional, carisma comunitario, conciencia colectiva... Todos ellos son nombres impropios para una realidad desalmada.

Y si no cabe hablar así de los usos, normas y valores de una época, mucho menos en sentido histórico. Hablar de la identidad, de la esencia de una nación, o de la de un grupo social, a lo largo de la historia es puro disparate. Es moverse entre abstracciones, no entre realidades. Yo puedo seleccionar unas cuantas palabras, y darlas como rasgos permanentes de la espiritualidad agustiniana, por ejemplo. Un modo de engañarme a mí mismo, y engañar a otros, si no advierto que esas palabras han significado cosas muy distintas según los tiempos y lugares, y significarán otras muchas. El significado abstracto no existe, es una abstracción, una fórmula algebraica archivada en los diccionarios. Lo que importa, lo único que realmente existe, es el significado concreto de esas palabras, el que les da la realidad de un tiempo y lugar concretos, la realidad de las personas que las usan⁵⁹. La identidad histórica de un

58. *Ib.*, 15-16. Cf. Ignacio ELLACURÍA, *Filosofía de la realidad histórica*, Editorial Trotta / Fundación Javier Zubiri, Madrid 1991, 208-246

59. Cf. José VEGA, *Sobre el «amor mutuo» de los cristianos*, en *Estudio Agustiniano* 31 (1996) 103-116.

grupo social es un espejismo, aun en los grupos más herméticos. En el momento en que llenamos de contenido concreto el vacío de las abstracciones, lo que nos parecía unitario aparece como diverso y aun contradictorio. La supuesta identidad no existe.

Ayer los agustinos hablaban de comunidad, y hoy hablan también de ella. Pero ¿en qué se parecen una y otra? ¿En qué se parece una comunidad en la que la convivencia se ve negativamente, como un peligro para la realización del hombre, del cristiano y del religioso, que sólo en soledad con Dios progresan, y se santifican, a otra que promueve la convivencia como la mejor forma de realizarse humana, cristiana y religiosamente? En aquella se mandaba el silencio, el santo recogimiento en Dios, sólo en él, y se prohibía la palabra. Todo venía ordenado desde arriba hacia abajo. En esta se manda la meditación, que en nada se parece al silencio y recogimiento de antaño, pero también la participación y el diálogo en la toma de decisiones, la comunicación, el cultivo de las relaciones personales y, ¡cielos!, hasta la amistad, la amistad verdadera, la que es personal y particular. Antes, en cambio, se prohibía como pecado, y se decía que la amistad tenía que ser general y anónima. ¡Curiosísima amistad! ⁶⁰.

c) *Usos nuevos*

Frente a los usos caben tres actitudes fundamentales: la de los que, fieles a la letra, rechazan toda innovación; la de los que hacen tabla rasa de ellos, incluso por la violencia, sin aportar nada valioso; y la de los que, inspirándose en ellos, los superan creando formas nuevas y nuevas visiones de la realidad. Sólo esta última es inteligente y fiel a la vida humana, que es siempre futuriza, que se está haciendo, que viene *de* una época, y va *a* otra. Los repetidores son asnos de noria, han renunciado a su condición humana. ¿Cómo es posible que lo hagan en nombre de Dios, que es la Vida por antonomasia, que creó un mundo en evolución, que creó, y sigue creando (Jn 5, 17); que dejó al hombre sin hacer para que sea él, él mismo, el que se haga animal o dios, como escribió ya en el siglo XV Pico della Mirandola? ⁶¹ En cuanto a los que quieren arrasar el pasado, son como caballos desbocados en una cacharrería. Pasan dejando el suelo lleno de destrozos, amargura y llanto. Porque lo grave es que aquí no se trata de cacharros sino de personas, y lo que queda son vidas rotas, con heridas, a veces tan profundas, que siguen sangrando hasta la muerte.

⁶⁰. Cf. José VEGA, el artículo citado en la nota 49. Sobre la amistad, *ib.*, pp. 314-317, y el artículo de la nota anterior, 95-98.

⁶¹. Cf. José VEGA, el artículo citado en la nota 49, 538-541.

Mucho han cambiado en este aspecto las leyes y los usos en las Órdenes religiosas después del Concilio Vaticano II. Pero las personas no cambian por decreto, ni siquiera las que los hacen; mucho menos las comunidades, sobre todo cuando han vivido durante siglos bajo unas leyes, a las que, volviendo a las andadas del fariseísmo, se las consideraba como la voz misma de Dios, expresión clara e inapelable de su voluntad, y bajo unos maestros venerables, celosos de que se cumplieran hasta en su último ápice. A los maestros espirituales del pasado hay que ponerles un letrero como a ciertos medicamentos: «manténganse fuera del alcance de los niños».

6. LA COMUNICACIÓN LINGÜÍSTICA

El hombre es comunicación, pero se comunica de muchas maneras: con la mirada, con el gesto, sobre todo con el del rostro, con la voz, con la caricia, con la amenaza, con el dedo que señala –dedo *índice*–, con el lenguaje de los ciegos, con el de los sordomudos, con el alfabeto Morse..., con la palabra hablada o escrita. A la palabra nos referimos cuando hablamos, sin más, del lenguaje. Este es el que aquí nos interesa.

En el acto de habla se distinguen tres términos: el hablante, el enunciado y el oyente. En términos más generales, las ciencias de la comunicación hablan de emisor, mensaje y receptor. El «lenguaje interior», el *verbum mentis* o nombre mental, la idea con la que uno se habla a sí mismo, tiene también un receptor. El emisor es a la vez receptor, se habla a sí mismo. El lenguaje interior es diálogo consigo mismo. En el acto de habla se producen dos significados: el inicial del hablante y el final del oyente. Lo que haya de común entre ellos es la comunicación lingüística.

7. ÉTICA DE LA COMUNICACIÓN LINGÜÍSTICA

El hombre se hace en comunicación con los otros, o se deshace. ¿Cómo tiene que ser la comunicación para que sea positivamente hacedora del ser del hombre; para que este se vaya construyendo como persona, como sujeto personal?

a) *Sinceridad*

Norma fundamental es que la comunicación sea *sincera*, que diga la verdad, lo que se cree que es verdad. El Evangelio proclama dichosos a los sinceros. «Dichosos los limpios de corazón, porque esos van a ver a Dios» (Mt 5, 8). La comunicación debe ser veraz, sin fingimiento, sin segundas intenciones. Su norma debe ser la transparencia para que haya confianza mutua. El

Evangelio dice que los que así se comunican tendrán experiencia de Dios, verán a Dios.

Lo contrario de la sinceridad es el fingimiento, la mentira. Al mentir, el hablante pone una pantalla entre él y el oyente. Destruye la comunicación, al hacer imposible que haya un significado común entre ellos. El mentiroso niega su condición de persona, y se la niega al otro. No es persona, es un zorro. La mentira «es la aniquilación de la dignidad humana» (Kant). Se ve bien cuando la mentira se convierte en costumbre, y el mentiroso se ve obligado a llevar una doble vida. Si es total, produce la más atroz de las soledades. El mentiroso, en este caso, sabe que por muchas que sean las apariencias, detrás está el vacío, la nada. Personalidad escindida, esquizofrénica. «El mentiroso renuncia, en el otro y en él, a la más alta posibilidad: la de ser persona»⁶².

b) *Respeto a las personas*

La comunicación debe ser *respetuosa* con la persona del otro. Su fin es comunicar, transmitir información, argumentar, expresar afectos, mover hacia la verdad, hacia el desarrollo personal, despertar en el oyente deseos de crecer, de crecer como persona. No es fácil. El *Diccionario* de María Moliner da, entre las acepciones de la palabra respeto, esta: «tolerancia: actitud de no imponer con violencia los propios gustos u opiniones», de no dominar al otro. Da este ejemplo: «el respeto a la libertad humana [a la opinión ajena, a la conciencia del niño]». Toda comunicación violenta, y la violencia no es sólo física, es inmoral. El adoctrinamiento, la imposición de las propias opiniones, cerrando cualquier otro camino, es inmoral. Es inmoral la apelación a los sentimientos del otro con el fin de provocar en él adhesiones o repulsiones viscerales que anulen la razón y la libertad. Así se utiliza al otro en provecho propio, en contra del principio kantiano, que hoy, en teoría, nadie se atreve a negar, aunque por desgracia, en la práctica, su negación sea frecuente: toda persona es fin en sí misma, y nunca puede ser tratada como simple medio. La comunicación debe dejar al otro que tome sus propias decisiones. «Me temo que el discurso político, emotivista hasta los tuétanos, está tratando al “pueblo soberano” en múltiples ocasiones como un simple medio»⁶³.

La comunicación religiosa debe ir encaminada a formar cristianos conscientes, libres y responsables, personas. Es evidente que no siempre ha sido así. ¡Aquellas predicaciones de las misiones populares, con el fúnebre doblar de las campanas, mientras el predicador, enardecido, agitaba una calavera, y amenazaba a los oyentes, que lloraban a raudales, con el fuego eterno del

62. Yves CATTIN, *Les cercles de solitude*, en *Lumière et Vie* 223, 32.

63. Adela CORTINA, *Corromper el lenguaje*, en *ABC Cultural* 26-55-95, 59.

infierno. *Res sacra homo*, decían los romanos. Este respeto debe ser extremado cuando la comunicación se dirige a niños. *Magna debetur puero reverentia*, dijo Juvenal.

El respeto a la persona, tanto a la propia como a la del otro, exige aceptar su opacidad. El hombre es comunicación, pero es también incomunicación, soledad, según he dicho. Hay quienes se resisten a esta condición humana. Quisieran una comunicación perfecta, transparente, absoluta. Quisieran tener la experiencia, fascinante y estremecedora, de verse recíprocamente en la desnudez de su intimidad total. Es el sueño de ser Dios, en quien ser y parecer son uno y lo mismo. Paradójicamente, son los que buscan esta transparencia total los que se crean más murallas de incomunicación, y se hunden en la más oscura y atroz de las soledades. El cine nos ha mostrado personajes que luchan, y se extenuan por desvelarse, y desvelar al otro; por llegar a las últimas celdillas de la vida, allí donde mana, temblorosa, la individualidad única e irreductible de cada uno. Han decidido revelarse a sí mismos, y que el otro se les revele, al precio que sea, esperando llegar así a un encuentro total. La decisión de decirlo todo desemboca, de hecho, en el más estrepitoso fracaso. Hablan, y hablan, sin decir nada sustancial.

La condición para llegar a un encuentro auténtico es precisamente aceptar la realidad humana. El hombre es siempre el otro. La alteridad es rasgo constitutivo suyo. Hay que aceptar este resto de incomunicación, de opacidad, de soledad última. Por otra parte, nadie tiene derecho a violar la intimidad de otro, a meter las narices donde no le llaman. Dar algo y recibir algo: esa es la realidad, y a ella hay que atenerse. ¡Qué bien lo dijo Jorge Guillén!: «Amigo, no querrás que te confíe / todo mi pensamiento, / porque te dolería inútilmente / cruel veracidad./ Simple rasguño hiere al delicado. / Una sola palabra acabaría / con la dulce costumbre / de entendernos hablando entre fricciones / evitables, silencios»⁶⁴.

En la comunicación, a veces, se habla de otro que está ausente. También aquí debe resplandecer el respeto a la persona. De san Agustín afirma su hagiógrafo san Posidio: «contra la pestilencia de lo que es usual entre los hombres tenía escrito en la mesa: quien gusta de roer con sus palabras a los ausentes sepa que no es digno de esta mesa»⁶⁵. Que estas no eran meras palabras lo demostró amonestando en cierta ocasión a unos obispos, muy amigos suyos, que se desmandaban.

c) *Crítica de la función pública*

Sin embargo, ha habido, y hay, en este asunto excesivas consideraciones piadosas, y todo anda embrollado. Es evidente que la difamación y la calum-

64. *Al margen de Cicerón*, en *Aire nuestro. III. Homenaje*, Barral Editores, Barcelona 1978, 26.

65. *Vita* 22.

nia vician en su raíz la comunicación. Son prácticas que deben estar desterradas entre personas. A nadie le es lícito entrar en la intimidad de nadie, y menos airearla. Pero la persona tiene una dimensión pública, ejerce una actividad, desempeña un cargo... Estos aspectos deben estar sometidos a la crítica, y de ellos debe dar cuenta el interesado ante quien corresponda. Nadie podrá entrar en la vida íntima de un político, por ejemplo, pero su actividad política debe estar sometida a crítica, y él debe responder de ella. Dígase lo mismo de cualquier otra persona, civil o eclesiástica. Nadie puede escudarse en el respeto que se le debe para campar por sus respetos. No conozco ninguna página sustanciosa sobre el tema, y la necesitamos.

d) *Comunicación del saber sobre las personas*

Pero hay otro saber más oculto que quizá sí convendría comunicar. No se trata de hechos vituperables de alguien, sino de su ser individual, de su modo de ser. Un saber, hoy por hoy, cerrado con siete sellos. Se trata de un conocimiento de lo individual humano, sedimentado en nosotros día a día sin que lo advirtamos. Solo cuando nuestra vida va ya muy avanzada, y este saber se ha acumulado en gran cantidad, nos damos cuenta de él. Condición imprescindible para adquirirlo es que los otros hayan llegado a cierto grado de individualización, y que la inteligencia haya madurado hasta percibir lo individual. Nada de esto se da en los pueblos primitivos, en los que el individuo es literalmente un miembro del cuerpo social, está socializado. En las sociedades cultas, en cambio, todos nos conocemos, aunque, como en todo, los haya mejor dotados para esta tarea. «Sería menester educar poco a poco las generaciones siguientes si se quiere llegar –y yo creo que se ha de llegar– a aventar esta hermética ciencia que los unos tenemos de los otros y todos ocultamos»⁶⁶.

Al no expresarla, está en nosotros vaga, neblinosa, sin la claridad que le daría su formulación en palabras. Solo de vez en cuando, hacemos alguna generalización sobre ciertos individuos. «La psicología práctica que existe en la sociedad culta procede toda ella de estos mínimos y vagos escapes, sobrevenidos al azar»⁶⁷. La cultura nos enseña a no emitir juicios sobre el prójimo, a reprimir nuestras opiniones sobre los demás. «¡Más vale no hablar!», solemos decir cuando nos ahoga la garganta el borbotón de cosas difíciles de decir que tendríamos ahora, ahora mismo, que decir al amigo, a la amiga»⁶⁸.

66. ORTEGA Y GASSET, *El silencio, gran Brahmán*, en *El espectador*, Espasa-Calpe, Madrid 1966, VII y VIII, 83.

67. Id., *ib.*, *ib.*, 84.

68. Id., *ib.*, *ib.*, 85. Léase todo el artículo, pp. 81-90.

¿Cuándo llegará el día en que podamos comunicarnos mutuamente este saber sin que se rompa la amistad, ni quede herida la convivencia?

Nada tiene que ver esto con la llamada corrección fraterna. En primer lugar, porque la corrección fraterna, tal como se practica, se queda en lo exterior, en minucias y quisicosas; entretenimiento de almas de corto vuelo, cuando no mezquinas. En segundo lugar, porque no se trata de corregir a nadie ni versa exclusivamente sobre defectos, sino de enriquecerse con el mutuo saber personal. ¿Cuándo podremos reflexionar libremente sobre esas impresiones que tenemos sobre el otro, sistematizarlas, investigarlas con orden y continuidad, entregarlas al dominio público para que se multipliquen sobre ellas los puntos de vista de otros muchos? Ese día habrá que señalarlo con piedra blanca *—cressa ne careat nota*^{69—}, porque habrá comenzado una nueva época de las relaciones humanas. «Somos transparentes los unos a los otros. Y esta es una averiguación de que yo espero mucho como medio educativo del hombre»⁷⁰.

8. ACTITUD ÉTICA ANTE EL LENGUAJE

a) *La instalación lingüística*

El lenguaje es el instrumento principal de comunicación entre personas. Instalados en la lengua materna y, a través de ella, en la realidad, desde ella nos proyectamos. Una ética personal, una ética de la realidad radical, que es la vida individual, una ética de la razón vital tiene que ocuparse necesariamente de la lengua. Una espiritualidad que no sea éterea, que no sea un extracto fuera del tiempo y del espacio, una espiritualidad encarnada se encontrará necesariamente con la lengua, y tendrá que hablar de nuestra actitud ante ella. La espiritualidad y la moralidad afectan a la vida en su totalidad. Hay que descubrirlas, por lo tanto, en cada una de sus instalaciones, sin dejar ninguna fuera⁷¹.

Por el lenguaje hemos tenido acceso a una visión concreta del mundo. Por él poseemos la realidad deslindada y catalogada en determinada forma. En él crecemos. «En él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17, 28), si es lícito hablar así. Él es nuestra patria, la patria de nuestro espíritu, como dijo Unamuno. Hagamos de él hogar y no cárcel, empuje hacia la libertad y no cadena, hacedor de solidaridad y no cizaña de divisiones. Hagamos de él un lugar de convivencia, un espacio común, gratamente habitable, vivero, ato-

69. HORACIO, *Odas* I, 36.

70. ORTEGA Y GASSET, *ib.*, *ib.*, 89.

71. Cf. Julián MARÍAS, *Tratado de lo mejor. La moral y las formas de vida*, edic. cit., 59-67.

padizo. «Por él, un “yo” puede existir para un “tú” y formar juntos un “nosotros”. Es el símbolo, el forjador principal de alianza»⁷². Joan Maragall hablaba –¡con cuánta razón!– de la «santidad de la palabra».

b) *Servidores, no propietarios del idioma*

El lenguaje es un hecho social, un uso. Nadie es su propietario. Todos sus usuarios son sus servidores. El español es condominio de los que lo hablan en todo el mundo, no propiedad exclusiva de los españoles y menos de los castellanos, aunque a veces los vallisoletanos se pongan tan crestierguidos. España es tan solo una provincia en ese vasto mundo hispanoparlante. Frente a la orgullosa afirmación hecha por Clarín de que los españoles somos los amos del idioma, don Ramón Menéndez Pidal, maestro de lingüistas y director de la Real Academia Española, declaró solemnemente: «¡Qué vamos a ser los amos! Seremos los servidores más adictos de ese idioma que a nosotros y a los otros señorea por igual y espera de cada uno por igual acrecimiento de señorío»⁷³. ¡Ojalá fuéramos los españoles los servidores más adictos del español!, como quería don Ramón. Hoy por hoy no lo somos. Seguimos teniendo espíritu de propietarios, y hacemos con él lo que nos viene en gana, siempre para lo peor. La norma lingüística culta española no es la única legítima. Tan legítimas como ella son las versiones cultas vigentes en cada país hispanoamericano. Caricaturizarlas es aldeanismo. Tan herederos son ellos como nosotros de nuestra tradición lingüística y literaria, y nosotros tan herederos como ellos de la suya. Para unos y otros no hay más que una tradición lingüística y literaria, la hispánica⁷⁴.

c) *La degradación del lenguaje*

Es notoria la degradación actual de las lenguas cultas en todo el mundo. No se las respeta, se las destroza. El bajo nivel a que ha llegado la enseñanza, el rechazo de las normas o el todo vale, y cuanto menos esfuerzo cueste mejor, la falta de lectura (Unamuno hablaba de «analfetos por desuso»), la falta de modelos en la oratoria y el teatro, la chabacanería de algunos locutores de radio y televisión, el éxodo de las gentes del campo hacia la ciudad con el abandono de la cultura y lengua en que vivieron... Todo ello ha contribuido al deterioro de la lengua. «La degradación del lenguaje, especialmente en los medios urbanos, es el problema cultural más grave de nuestro tiempo»⁷⁵.

72. André FOSSION, *art. cit.*, 386.

73. Cit. por Rafael LAPESA, *ib.*, *ib.*, 252.

74. Cf. Id., *Unidad y variedad de la lengua española*, en *ib.*, 339.

75. Julián MARÍAS, *La Hiruela y la lengua española*, en *ABC* 18-3-88, 3.

Degradado el lenguaje, se degrada, inevitablemente, el pensamiento. Toda la riqueza del mundo interior y de las relaciones humanas se va a pique.

«¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés? / [...] ¿Callaremos ahora para llorar después?», preguntaba horrorizado Rubén Darío ⁷⁶. Lo hablarán bastantes más de los que él se imaginaba; pero por desgracia no hablarán el inglés de Shakespeare sino el de Internet. Un inglés elemental, chato, balbuciente, horro de pensamiento y expresividad, para que en él puedan entenderse los internautas de todo el mundo. «En lo tocante al lenguaje, hace bastante que parece faltar avaricia y envidia, es decir, que falta verdadero *deseo*. Las mismas personas que se consideran desdichadas si carecen de los mil y un electrodomésticos que posee el vecino o anuncia la televisión se contentan con ochocientas palabras para expresar todos los contenidos del mundo y del alma. Con tal de vivir en una casa abarrotada no les importa habitar una lengua desgarnecida [...]. Solo los miserables se sienten modestamente satisfechos, aunque les falte lo verdaderamente esencial» ⁷⁷.

Pensar es hablar consigo mismo. La lengua es el cauce por el que discurre el pensamiento ¿Qué pensamiento puede tener el que dispone de un menagadísimo caudal de léxico y este grosero y zafio? ¿Cómo puede discurrir su pensamiento si posee una sintaxis tartamuda, si lo que emite son eruptos lingüísticos sin orden ni conexión? Un vocabulario áspero y bronco de insultos y tacos no puede producir sino relaciones humanas de las mismas características. ¿Adónde irán con instrumento tan tosco la profundidad y la amplitud y la riqueza de matices en que consiste lo humano? Lejos de alumbrar nuevas corrientes, se cegarán las que tenemos. Tal pobreza de lenguaje es una falta de respeto a sí mismo y a los demás, un golpe bajo a la persona.

El manchón de la grosería y zafiedad se ha extendido a todas las capas sociales, especialmente a los jóvenes, que así creen ser libres ⁷⁸. La televisión y el cine lo cultivan premeditadamente. «Bajo ese gusto por lo soez encuentro oscuros sentimientos, no tan inocentes como aparentan. Hay un placer en el envilecimiento, un rechazo de toda distinción, un aplebeyamiento, como diría Ortega, un malditismo hortera, que nos empequeñece a todos. Nuestros comportamientos dependen de la idea que tenemos del ser humano, y si nos reconocemos, nos buscamos, nos encontramos en la zafiedad lo que estamos reconociendo implícitamente es que somos seres zafios y que estamos encantados

76. *Los cisnes*, I, vv. 34-36, en *Azul... Cantos de vida y esperanza*, edic. de Álvaro Salvador, Espasa-Calpe, Madrid 1995, 4^a, 213.

77. Fernando SAVATER, *Las palabras...*, en *El País Semanal* 22-10-95, 8.

78. Les pasa lo que a los moscovitas de la época de Pedro el Grande según cuenta Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, XI, 2: «Por mucho tiempo han creído que la libertad consistía en el uso de llevar la barba larga» ¡Qué poco hemos progresado!

con ello. Mantener la dignidad humana es un trabajo costoso, porque es una cualidad precaria, siempre en vilo, que se consigue a fuerza de fuerzas»⁷⁹.

A tal falta de respeto con el lenguaje se ha llegado, que hasta en la fonética se ha introducido el qué más da. Nada más penoso que oír ciertos programas de radio y televisión o a ciertos lectores, sacerdotes y predicadores en las iglesias. La pronunciación, la claridad y armonía de las vocales, el enlace de las palabras, tan característico del español, la entonación, tan flúida y armoniosa, todo queda vilmente machacado. El viento de la ignorancia sopla a capricho del audaz de turno, y deja caer los acentos, algo tan fijo, donde le place. ¡Hasta ahí se ha llegado!

d) *Estudio del español*

Cultivemos el idioma; esmerémonos en usarlo bien; cuidemos la corrección gramatical, hoy tan descuidada. Despertemos en nosotros el deseo de conocerlo mejor, de conocer sus inmensas posibilidades; gocémonos en ellas. El español está lleno de secretos. Es dúctil y maleable. Puede expresarlo todo si sabemos usarlo. Solo desde la ignorancia pudo prosperar la especie, antes tan en boga en ambientes clericales, de que el español no es lengua apta para la filosofía. Cuando se decía esto, otros españoles se daban a faenar con el pensamiento, y a decir en español verdades nunca antes dichas en ningún idioma. La lectura de los buenos escritores, un buen diccionario y una gramática solvente son imprescindibles en esta empresa de mejorar nuestro lenguaje. Y si a tanto podemos llegar, levantémoslo con la creación literaria, abrámosle nuevas posibilidades. Siempre hay un margen de perfección. El bien escribir ha sido siempre distintivo de los agustinos españoles, parte relevante de nuestro patrimonio comunitario. No permitamos que algún día se pueda decir: fue, ya no es. La formación permanente, de la que tanto se habla, debe serlo en todos los aspectos. Uno de ellos, fundamental, es el idioma. El interés por el idioma es, en definitiva, interés por las personas; por la propia persona en primer lugar.

9. BUSCADORES Y COMUNICADORES DE LA VERDAD

He dicho antes que la comunicación debe ser veraz, sincera. Laín Entralgo habla de «verdad vestida» y «verdad tamizada». La verdad vestida es la verdad dicha con corrección gramatical, y sin incurrir en zafiedad, máxime cuando es una persona el término al que se refiere. La verdad tamizada es la que evita toda expresión que pueda herir a los demás. «Verdad decorosa-

79. José Antonio MARINA, *Glorificación de la zafiedad*, en *ABC Cultural* 7-6-96, 57

mente vestida, verdad amorosamente tamizada: tal debe ser la regla en el cumplimiento del imperativo personal del respeto»⁸⁰. Antonio Machado escribió: «¿Tu verdad? No, la Verdad, / y ven conmigo a buscarla. / La tuya , guárdatela»⁸¹. A veces, también el maestro Homero dormita, dijo Horacio⁸². No estuvo esta vez acertado don Antonio. ¿Cómo podremos ir en busca de la Verdad si no nos comunicamos nuestras pequeñas, humildísimas verdades? «Intercambio de verdades mías y verdades tuyas, decorosamente vestidas y amistosamente tamizadas, es la comunicación de la amistad»⁸³.

Cada uno tiene su mundo, y en él ve con evidencia cosas que nadie sino él puede ver. Deber suyo es ser fiel a su punto de vista, no falsificarlo, no callar lo que ve, no dejarse manipular por opiniones ajenas, ser sincero consigo mismo. Deber suyo es verificar lo que ve, ser implacablemente crítico con su propia mirada, comunicar lo que ve, contrastarlo con lo que otros ven, someterlo a discusión. De esta manera, los mundos individuales, tan distintos, tan alejados, se irán aproximando, comunicándose entre sí, creando zonas comunes. La verdad individual, privada, se hará verdad compartida, patrimonio de muchos, comunal. Y se irá haciendo cada vez más plena, más luminosa, y enriquecerá a los que la poseen creando entre ellos unidad, unidad y concordia. Es bien conocida la razón que san Agustín da para vivir en comunidad con sus amigos, pero vale la pena leerla de nuevo: «Para buscar en amistosa concordia a Dios y a nuestras almas; de este modo, los primeros en llegar a la verdad pueden comunicarla sin trabajo a los otros»⁸⁴.

Una de nuestras desdichas es que estamos viviendo en un mundo de opiniones, no de verdades. Yo tengo mi opinión, y cada uno tiene la suya. Nadie tiene interés en averiguar si alguna de ellas, o ninguna, es la verdad sobre el problema en cuestión, porque se da por supuesto que la verdad ni existe, ni es posible. Pensar esto es lo más cómodo y lo más halagador para la vanidad personal. No es posible que alguien esté en la verdad y yo en el error. Todas las opiniones son igualmente válidas, todas igualmente respetables. ¡Lamentable! Porque así todos somos menos libres y menos inteligentes y menos solidarios y menos iguales y menos tolerantes, aunque parezca lo contrario. En una palabra, todos somos menos; todos quedamos disminuidos en nuestro propio ser.

80. *Ética de la palabra*, en *ABC Cultural* 12-5-95, 59.

81. *Nuevas canciones CLXI (Proverbios y cantares LXXXV)*, en *Poesía y prosa*, edición crítica de Oreste Macrí, Espasa-Calpe / Fundación Antonio Machado, Madrid 1989, 643.

82. Cf. *Arte poética*, v. 359.

83. Pedro LAÍN ENTRALGO, *ib.*, *ib.*

84. *Soliloquios* I, 12, 20. Cf. José VEGA, *Acción y contemplación*, en *Estudio Agustiniiano* 31 (1996) 314-317; *id.*, *La vocación agustiniana. El proyecto filosófico-monástico-sacerdotal de san Agustín*, Editorial Estudio Agustiniiano, Valladolid 1987, 118-135, 169-170, 213-219 y 304-315.

Pero no es verdad que todas las opiniones sean iguales. Todos somos personas, todos somos igualmente respetables en la expresión de nuestras opiniones; pero no todas las opiniones son igualmente válidas. Las hay detestables. Por ejemplo, las de Jack el destripador. Todo vale: este es uno de los grandes errores en que estamos.

Escribió Sartre: «querer un mundo de opiniones es querer una *verdad* menor, es decir, a la vez un Ser menor, una libertad menor y una relación más laxa entre la libertad desveladora y el en-sí. Si digo “esta es mi opinión”, eso quiere decir: no puedo evitar pensarlo así, pero admito que usted no pueda evitar pensar lo contrario. Sin embargo, no juzgo posible que alguien pueda poseer la *verdad* sobre esta cuestión; si no, mi *opinión* sería error. Estimo por lo tanto, simplemente, que la verdad no es posible. Así, la voluntad de ignorar la verdad se convierte necesariamente en negación de que exista la verdad»⁸⁵.

JOSÉ VEGA
Estudio Teológico Agustiniano
Valladolid

85. Jean-Paul SARTRE, *Verdad y existencia*, introducción de Celia Amorós, Paidós / ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona 1996, 112.